

RUFINO VARELA



Newman

Un colegio, los abusos
y los límites
del encubrimiento

PRÓLOGO DE MARIANO BERGÉS

 Planeta

RUFINO VARELA

Newman

*Un colegio, los abusos
y los límites del encubrimiento*

Prólogo de MARIANO BERGÉS

 Planeta

Corpus

Cuando faltaban pocos kilómetros para llegar al pueblo, los latidos de mi corazón se aceleraron y empecé a sentir que me faltaba el aire. Apreté fuerte las mandíbulas pero no pude evitar las primeras lágrimas.

No quería que mis hijos, ya grandes, se dieran cuenta de que tenía los ojos húmedos.

Una mano delicada y generosa tomó la mía sabiendo que de a poco me ayudaría a recuperar el aliento.

Dudé unos instantes, puse el guiño y giré en la calle principal. Con una extraña excitación, sugerí dar una vuelta.

Casi de memoria llegué a los corrales de la vieja feria donde se hacían los remates de hacienda y una a una fui reconociendo las casonas que aún estaban de pie. No sé si fue casual o no. Por ese misterioso olfato que la nostalgia nunca pierde, pude encontrar el camino de tierra.

Tras la densa polvareda que íbamos dejando atrás, empecé a describir en voz alta —entre el nerviosismo y la perturbación— el paisaje casi intacto hasta percibir el brutal paso del tiempo: la escuela rural abandonada entre pastos altos con su mástil de pie, desvestido y oxidado.

A pesar de lo que esta visita significaba, pude disfrutar el intenso olor a campo.

Miraba de un lado a otro buscando referencias... pero me di cuenta de que no hacía falta. Recuerdos guardados bajo llave por casi treinta y cinco años súbitamente estaban ahí presentes, frente a frente.

Respiré hondo, bajé de prisa y caminé despacio hasta llegar a la tranquera. Me di vuelta forzando una sonrisa. Casi temblando abrí la misma cadena que había cerrado por última vez a los once o doce años.

Esta vez con mi familia, volvía a Corpus. Necesitaba mantener la calma aunque en mi interior era un torbellino, un corazón desbordado en mil latidos.

Al llegar a la casa principal donde había pasado veranos e inviernos durante gran parte de mi niñez, saludé primero a Emi-ta, una de mis tres hermanas del alma y después, apurado, a su marido, hijos y amigos. El asado al que habíamos sido invitados estaba listo pero me disculpé para primero reencontrarme con mis vivencias de niño.

Corpus era el campo de mis vecinos de San Isidro a quienes llegué a querer como a mi propia familia. Quedaba en las afueras de Rauch y uno de sus límites era el arroyo Chapaleufú al que en mi niñez respetaba como un gran río.

El arroyito que dividía el jardín de los potreros había dejado de ser el cauce de agua limpia con remolinos que me invitaba a pescar extraños pececillos verdosos, mojarra y algún que otro dientudo sobre el puente de troncos.

Ese era mi programa diario. Estaba muy cerca de la casa y al principio no tenía ni edad ni coraje para ir al gran río del fondo que quedaba más lejos. Solo lo conocía acompañado por algún grande.

El enorme galpón de chapa parecía que se había contraído con el paso del tiempo pero al abrir sus puertas sentí el mismo mundo de mi infancia, con cinco, seis o siete años.

En aquel entonces el galpón era gigante y oscuro. La sombra de la volanta, el sulqui, los aperos, las bolsas de maíz, las herramientas

y el repentino aleteo de alguna paloma o murciélago lo hacían más misterioso.

Desde muy chico solo le tenía miedo a las arañas y a las víboras. Por eso cuando Charito, el dueño del campo, casi un padre adoptivo, llamaba a los gritos a Hugo, el peón que vivía entre el galpón y los corrales y él no contestaba, me divertía ir hasta allí acompañado por alguno de los perros a buscar las papas o cebollas que habían faltado para la sopa o el puchero.

Mi gran susto fue antes de cumplir los nueve. Esa noche me había llamado la atención que la puerta estuviera entornada con el candado abierto en su pasador. Pensé que estaba Hugo. Lo llamé una y otra vez antes de ingresar. No respondió. Supuse que estaba en el campo y que él se había olvidado de cerrarlo.

Entré solo, tanteando en la oscuridad las bolsas de arpillera. Había logrado poner unas cuantas papas en el balde, y al intentar la misma suerte con las cebollas percibí un aliento. Algo grande se movía, escondiéndose entre las bolsas de maíz.

Por la inocencia de la niñez creí que era Hugo. Lo volví a llamar pero no contestó. En ese momento sentí que alguien había tocado mi brazo y en plena oscuridad pude ver la sombra de un hombre grandote.

Salí corriendo como un rayo dejando las papas y cebollas disminuidas por el camino. Entré llorando a la casa y antes de darme cuenta, Ema, mi madre postiza y esposa de Charito, me estaba abrazando. Lloraba con angustia. Era mi primer miedo.

Charito llamó a sus perros y con una linterna y su cuchillo de plata salió gritando «¡Hugo, Hugo!», en dirección al galpón. Hugo no estaba y el pobre linyera que me había asustado seguía en un rincón entre las bolsas de maíz acomodándose para resguardarse del frío. Charito lo dejó pasar la noche en el galpón y creo que desde ese episodio nunca más volví a buscar papas y cebollas.

De poco sirvió que me explicaran que los linyeras no hacían daño, que solían deambular por los ríos y al oscurecer se acercaban

a donde había luz para pasar las frescas noches de campo. Por alguna razón ese verano decidí postergar mi primera exploración solitaria al Chapaleufú.

Mientras recordaba lo del linyera y traje a mi memoria a Hugo, tan joven y desaliñado, mi mirada se humedeció al repasar aquel otro susto apenas unos meses después.

Estaba ansioso por acompañar a Charito a una feria de hacienda en Rauch pasado el mediodía. Había llovido bastante y nos llevaría más tiempo llegar en la camioneta por los veinte kilómetros de camino embarrado. Me pidió que le preguntara a Hugo cuánto faltaba para el puchero que preparaba desde temprano en la vieja cocina a leña.

Hugo era mi amigo o al menos lo sentía así a pesar de su aspecto brutal y primitivo. Yo tenía ocho años; él más de veinte.

Hola, Hugo. Me mandó Charito a preguntarte cuánto falta para el puchero.

Con su mirada levemente rojiza por los primeros tragos de vino, me dijo que faltaba un rato.

Llegué corriendo para avisarle a Charito y seguí jugando con mi honda recién estrenada, apuntando a los pájaros y pegando siempre lejos, a veces al cielo.

Charito era rezongón pero muy bueno y me sentía muy protegido cuando estaba cerca de él. Se hacía tarde y la impaciencia iba y venía.

Andá a preguntarle otra vez cuánto falta y decile que estoy apurado.

La mirada de Hugo había cambiado. Su barba a medio crecer resaltaba sus ojos oscuros escondidos detrás de un rojo intenso.

Hugo, pregunta Charito si ya está listo.

Su cara se transformó.

¡Andá y decile que si quiere comer rápido que vaya al pueblo!

Se había desatado su furia. Estaba descontrolado. Agarró su látigo de cuero trenzado y el viento del primer latigazo pasó a centímetros de mi cara y golpeaba en el piso de tierra levantando polvareda.

¡Andá y decile eso o el próximo te pego!

Mientras corría asustado y llorando hacia la casa, sabía que la amistad con mi amigo del campo había llegado a su fin.

Abrazado con fuerza a la pierna de Ema y apretando mi cara contra la larga pollera azul pude ver de reojo los pasos firmes de Charito saliendo furioso hacia el galpón.

Nunca más supe de Hugo cuando desperté a la mañana siguiente.

Al volver en mí recordé la nueva cocina a leña, la mesita redonda donde con Ema tomaba el té con tostadas y queso de campo, y el cuchillo de Charito con el que todas las noches cortaba su dulce de batatas.

Dormir esa noche no fue fácil.

Los recuerdos a flor de piel se hamacaron con tanta fuerza en mis sueños que apenas pude mantener cerrados mis ojos en esa casa de techos bajos.

Entre risas nerviosas conté en el desayuno cuando en el campo vecino de los Andraca me enseñaron a tejer. Con ovillos de lana de colores y dos agujas gruesas me metía en la cama y con los pies jugaba con una bolsa de agua caliente mientras rezaba con Ema.

Con la luz tenue de los faroles a kerosene me quedaba dormido con un par de vueltas de mi larga bufanda de punto Santa Clara.

Al día siguiente fuimos todos en auto hasta Egaña, un pequeño pueblo de Estación de Ferrocarril.

Para todas mis preguntas sobre ese caserío las respuestas eran las mismas: ¡Ya no está más!, o en el mejor de los casos, ¡abandonada!

Moría de ganas de mostrar a los míos cómo se elaboraba ese rico queso que solían convidarme de las grandes hormas recién hechas en la vieja fábrica de Egaña.

En la cancha de paleta a metros de la vieja estación solo quedaban leves marcas de pelotazos en el frontón descascarado.

Me fue invadiendo la nostalgia. Estaba conmovido y por eso decidí apoyar mis manos contra el vidrio de la puerta del almacén de ramos generales.

La caramelera, las latas de galletitas, las botellas verdosas y de color ámbar, los viajes en la F100, en el sulqui o a caballo desde Corpus a Egaña estaban todavía ahí, pesándose en una balanza roja que seguía intacta sobre el gran mostrador de madera impregnado de mates y ginebras.

Unas pocas fotos en la estación de tren abandonada bastaron para irme sin antes dar una vuelta por el castillo San Francisco que solo en mi imaginación me seguiría transportando una y otra vez a esos tiempos de felicidad casi plena. Muy cerquita de Egaña, a solo un par de kilómetros, la imponente y elegante construcción inmersa en un monte de eucaliptus. Nunca imaginé que me encontraría con el castillo de mi infancia derruido y saqueado. Fue esa la última imagen antes de despedirnos y emprender la vuelta a casa.

Ya en Buenos Aires supe que mi regreso a Corpus me había generado la necesidad de poder cumplir en algún momento una promesa de años.

Había ido a ese campo desde los cuatro o cinco años con mis vecinos de Suarez Sánchez, una calle cortada de San Isidro. Ya de grande pude darme cuenta de que Ema y Charito seguían siendo mis padres adoptivos del alma.

Emita, María y Gloria eran las hijas de Ema y Charito y siempre las quise como verdaderas hermanas.

Por esas crueldades que a veces arroja el destino, el que creí también que era un gran amigo, me prohibió volver a Corpus a partir de los once años.

Apenas recuerdo mi examen de ingreso en el viejo edificio de la Avenida Belgrano en Buenos Aires. Por primera vez estaba solo frente a frente con un miembro de la Congregación Hermanos Cristianos. El Hermano Condon era un hombre de gran porte, pelirrojo y con manos de boxeador.

A los pocos días, sorprendido y fascinado, entraba a esa gigantesca construcción de ladrillos y ventanales que se imponía en un barrio tranquilo de quintas, baldíos y calles de tierra de zona norte. Era el nuevo edificio del Colegio Cardenal Newman de la calle Reclus 1133 de Boulogne, San Isidro.

Con uniforme casi nuevo me senté en el primer banco libre del 4° C de la planta baja y enseguida conocí a otros Hermanos de la Congregación.

El Hermano Barry era joven, alto, de piel blanca y pelo oscuro. Su mirada penetrante y voz elevada me provocaron temor al enterarme de que sería uno de mis educadores.

Desconozco la edad que tenía el Hermano Dehram cuando lo vi por primera vez en nuestra clase. Lo sentí anciano, severo y tal vez por su nariz prominente y postura encorvada, tenebroso.

Después conocí al Hermano Michael O'Brien, un hombre muy delgado con una mirada clara y bondadosa que nunca pude encontrar en otros miembros de su Congregación.

Con el correr de los días fui conociendo a otros Hermanos pero nunca supe cuántos eran los que vivían allí cruzando un misterioso puente que atravesaba el hall principal y que, según sabíamos solo por comentarios, conducía a sus dependencias privadas.

Venía de un colegio totalmente distinto. En el St. John's de Martínez jamás había visto a un hombre vestido con sotana. Tal vez por eso mi especial temor y respeto a esos hombres de negro de distintas edades y semblantes con cruces, medallas o escapularios colgando de sus cuellos. Algunos guardaban en sus mangas pañuelos blancos que usaban para apaciguar la tos y estornudos casi crónicos, como si estuviesen siempre enfermos.

Para un niño de mi edad verlos era como ver a Dios en la tierra. Nunca antes los había visto. Me inspiraban una rara mezcla de respeto y miedo. En mi colegio anterior no teníamos tantas cruces y símbolos religiosos como en cada rincón del Newman. Tuve que esforzarme en aprender las oraciones que rezábamos en aquellas interminables misas del primer viernes de cada mes.

En 1974 cuando ingresé, tomé mi Primera Comuni3n con los chicos de tercer grado. Recuerdo las clases preparatorias de catequesis, comulgar por primera vez, confesarme, el moño blanco y cada instante de la ceremonia perfectamente ensayada que me producía felicidad y nerviosismo. No tardé en hacer buenos amigos que perduraron en el tiempo.

Fueron varias las maestras y los hermanos que me hicieron respetar y querer el colegio. Ahora pienso que ellos me inspiraron para ser un buen alumno, una mejor persona, y que me esforzara en jugar en el mejor equipo de rugby sin saber aún hoy si era realmente lo que más disfrutaba.

Al Hermano Condon le tenía aprecio y tal vez por ello quise integrar su coro. Fue uno de mis entrenadores de rugby en primaria y me impactó enterarme de que dejaba la congregaci3n para casarse con una de mis maestras.

Nunca terminé de comprender por qué mis padres me sacaron del St. John's al concluir mi tercer grado de primaria. Allí quedaron muchos amigos y el recuerdo de las idas y venidas en bicicleta con mis hermanos. Tal vez quisieron que tuviera una formación católica que el Cardenal Newman parecía garantizar.

Empecé jugando de hooker en la primaria y tuve la suerte de hacerlo con los mismos compañeros durante varios años.

Tener a mi amigo el Gordo de pilar significaba que nada podía pasarme en cada scrum aunque me colgara de sus hombros para intentar sacar la pelota con la cabeza.

Las invitaciones a las casas, padres compinches que nos llevaban al club donde nos tocaba jugar de visitantes y además se ocupaban de tener listas las mejores hamburguesas y choripanes para cuando terminábamos cada partido en nuestro campo de deportes.

El festejo en *El Matrero*, el gran velero que timoneaba el padre de mi amigo Toribio, sigue siendo inolvidable. Fuimos casi todos los del equipo después de haber ganado un torneo en el Club Belgrano Athletic en Pinazo. Nos llevaron a navegar toda la tarde por el Río de la Plata.

La gira en avión a Uruguay para jugar con nuestros pares del Stella Maris de Carrasco y el divertido viaje en tren desde Constitución hasta Tandil donde los del equipo contrario, Los Cardos, nos recibieron en un pub a la madrugada con vasos largos de menta granizada, y a las pocas horas tener que jugar contra ellos en condiciones desfavorables.

Cómo olvidar a las cocineras del comedor cuando mi padre me dejaba junto a mis dos hermanos más grandes muy temprano en el colegio para llegar a horario al de mi hermana mayor que quedaba en el corazón de San Isidro.

El inconfundible olor a cera Suiza del hall principal recién encerado y las breves dormidas sobre los bancos de cemento calentitos por los caños de calefacción que pasaban por debajo, esperando ansioso que me avisaran para ayudar a preparar las

mesas para el mediodía, a cambio de un puñado de papas fritas, palitos salados o barritas de chocolate Águila que Lidia o Teresita me daban a escondidas en la despensa repleta de cosas ricas para los Hermanos.

Cuando ingresé al Colegio Cardenal Newman ya nos habíamos mudado con mi familia desde San Isidro a Don Torcuato. La casa que con esfuerzo habían comprado mis padres era muy simple y pequeña. Rodeada de viveros y terrenos baldíos quedaba a dos cuadras largas de la Ruta 202 sobre la misma calle de la gran fábrica papelera.

Éramos una familia numerosa y muy unida. Soy el cuarto de siete hermanos. Al poco tiempo de mudarnos mis padres se embarcaron en una obra de ampliación que duraría más tiempo del esperado.

Don Torcuato era un barrio muy tranquilo de calles de tierra, zanjas abiertas con renacuajos y grandes terrenos. Jugábamos al fútbol en la canchita de la fábrica Fadete con vecinos y operarios.

Al colegio me llevaban mis padres en auto todas las mañanas y por la tarde casi siempre volvíamos en colectivo. Mi casa quedaba a menos de diez kilómetros pero las vueltas en el 15 o el 203 solían ser eternas. El cruce a pie de la ruta Panamericana en la vieja rotonda de Ituzaingó aunque algo peligroso era nuestro mejor atajo.

Había empezado a encontrar la forma de pasarla bien yéndome algunos viernes con mi bolso para quedarme todo el fin de semana en lo de algún compañero. Tuve buenos amigos. Algunos, sin saberlo, me estaban salvando de los acosos de José, el encargado de la casa de mis padres.

Estoy seguro de que Jorgito nunca supo ni se imaginó lo importante que fue para mí que me invitara a su casa de las cinco esquinas en el centro y a la quinta de José C. Paz, ni tampoco del gran cariño que le tuve a Carmen, su ama de llaves, y la admiración que sentía por su madre cuando la veía sentada al sol, haciendo rosarios para los presos de una cárcel.

No me alcanzaría el libro entero para transmitir anécdotas y relatar momentos felices con mis compañeros de clase y de rugby que me hicieron querer el colegio como lo quise, hasta que se desató el infierno.

Ya en la secundaria, el sueño de ser hooker se estrellaba en tercer año, en marzo de 1981.